



# Una reflexión sobre monumentos y espacios públicos: Toledo *versus* Leganés

Santiago Palomero Plaza y Jesús Carrobles Santos

Una ciudad, entre otras muchas cosas, debe tener claro que modelo de urbanismo, de transporte, de ocio, de cultura, de calidad de vida para sí y sus habitantes. Un pequeño apartado, pero significativo, de la imagen de una ciudad la proporcionan los monumentos que embellecen sus principales jardines y plazas. Son una de sus mejores cartas de presentación.

Todos asociamos a Aranjuez con las esculturas mitológicas de sus jardines, a Palencia con el gran Cristo del Otero, a Cuenca con la obra de Luis Marco Pérez en jardines, parques y pasos *semanasanteros*, a Tarragona con la obra de Julio Antonio, a San Sebastián con el peine de los vientos de Chillida que también nos recuerda a Gijón con su Elogio del horizonte, en el parque de Cimadevilla. La obra de autores como Lipischitz es inseparable de París, igual que la obra del Valle de los Caídos es inseparable de la figura de Franco.

Lógicamente, en la mayor parte de estas ciudades, grandes monumentos conviven con otros de escasa calidad como los que inundaron muchas de sus plazas durante el siglo XIX, dentro de lo que se ha venido en denominar monumentalismo decadente y obsoleto. Se trata de monumentos que trataron de destacar determinadas virtudes patrióticas (desgraciadamente el monumento público más frecuente en la historia del arte es el dedicado a la guerra), que derivaron en el colosalismo y en la pérdida del mensaje al incluir todo tipo de anécdotas de difícil o imposible lectura. Buenos ejemplos de esta situación son los grandes complejos dedicados a la memoria de Vittorio Emanuel en Roma o a la de Alfonso XII en el Retiro de Madrid. A este momento pertenecen otros monumentos madrileños como la figura de Colón colocada en un alto y disparatado pedestal que parece extraviado y perdido, señalando con su dedo la dirección del aeropuerto. Peor lo tiene el monumento a Castelar, rodeado de un tráfico agobiante en pleno Paseo de la Castellana, en el que los cañones de su base parecen defenderlo del ambiente hostil en el que

se encuentra aunque ésta no fuera la idea de Benlliure su creador. Un monumento en el que Castelar da un discurso a los vehículos que le ignoran rodeado de cañones junto a escenas de escuelas, vida diaria y otra serie de representaciones anecdóticas, que lo han convertido en ejemplo de lo que nunca debió llegar a ser un monumento dirigido a reivindicar la memoria de un determinado personaje.

Esta *monumentomanía* continuó en las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo y gracias a la renovación del arte que empezó a darse en estos momentos, se produjo una importante evolución de la escultura a través de la obra de Rodin y Maillol en París, o de Clará, Julio Antonio y Victorio Macho en nuestro país. Todos ellos realizaron un arte renovador que trascendió el oficialismo dominante para hacer ingresar en la modernidad, que no en la vanguardia, a la escultura monumental. Sin el monumento a los Héroes de Tarragona de Julio Antonio y sin el monumento a Galdós del Parque del Retiro de Victorio Macho, no podríamos llegar a entender la obra de otros artistas de la talla del toledano Alberto Sánchez o de otros escultores como Julio González, Gargallo, Ferrant o el propio Picasso, imbricados ya plenamente en la vanguardia.

Toledo no es una ciudad al margen de este proceso, pero a pesar de haber sido una ciudad emblemática para muchos de estos artistas, sólo existe un pequeño retrato de Gregorio Marañón realizado por Victorio Macho que recuerda el importante cambio producido en el arte del siglo XX. Si realizamos un breve estudio de lo llevado a cabo en los últimos cien años nos daremos cuenta que la tradición escultórica de la ciudad recuerda más a la barroca que a la del recién acabado siglo, con esculturas dedicadas a Santa Teresa, a Santa Clara, a Alfonso X, a Samuel Leví, o a Garcilaso de la Vega. Su simple presencia en determinados rincones mantiene a Toledo en el limbo de la prehistoria de la escultura monumental, con la tremenda paradoja de que algunas de las

## RESUMEN:

La pregunta de la que parte este artículo es ¿qué debe hacer una ciudad con sus monumentos?. Hasta qué punto las esculturas en lugares públicos definen la esfera simbólica y, por ello, lo que una ciudad quiere mostrar de sí misma. En ese sentido los autores apuntan que Toledo está más volcada al pasado que al futuro. El arriñonamiento de la escultura de Chillida, el olvido del Museo de Escultura al Aire Libre y la nueva estatua ecuestre de Alfonso VI a la entrada de la ciudad, así parecen demostrarlo.

mejores esculturas del mundo se encuentran en lugares como en el Hospital Tavera, en la catedral, o se produjeron en talleres toledanos como los del primer Alberto Sánchez o el que llegó a montar Víctor Macho en la mítica Roca Tarpeya.

El futuro nos juzgará por aquello que recordamos más que por aquello que olvidamos, pero como nos recuerda el profesor Fernando Quesada, la memoria colectiva que los monumentos públicos aspiran a congelar para el futuro no es más que, en la mayoría de las ocasiones, una proyección directa de la propia institución que las promueve y no una genuina construcción cívica, social y colectiva, como debería ser.

La pregunta pertinente, llegados hasta aquí, es ¿Qué debe hacer una ciudad del siglo XXI con sus monumentos? ¿Deben ser *ostentosos* como las peculiares puertas de bienvenida construidas por el Ayuntamiento del Gil en Marbella o deben ser realistas, abstractos o incluso invisibles? Veamos algunas de las respuestas que encontramos en el panorama nacional e internacional, por si pueden ser válidas para nuestra ciudad.

La primera alternativa al monumento petrificado es la posibilidad del monumento efímero. Eso es lo que hizo Anne Pasternak cuando realizó su monumento *Tribute of Life* en la tristemente famosa zona 0 de Nueva York que, con dos columnas efímeras de luz, recordaban al espacio desaparecido y a las personas que perdieron su vida en los hechos del 11-S. Algunos monumentos carecen incluso de imagen y precisamente en eso radica su fuerza. Es el caso del dedicado a las víctimas de la guerra de Vietnam en Washington, construido en el año 1981 por la arquitecta Maya Lin. No hay ninguna imagen pero pervive y se ha consolidado como lugar y representación de una de las memorias más dolorosas por un pueblo. A pesar de que inicialmente fue criticado por su abstracción, ahora es un lugar de peregrinación y encuentro para toda una generación.

El museo judío de Berlín, obra de Daniel Libeskind, no deja de ser un monumento, como lo son en España los edificios que albergan el Guggenheim en Bilbao o los diseñados por Calatrava en Valencia. El edificio se plantea como una auténtica escultura que plantea la ausencia o incluso la amputación de la comunidad judía y de su importante papel en la sociedad alemana antes del holocausto. Se trata de una celebración del vacío, del espacio puro, de la desorientación y el vértigo, a través de sus paredes rasgadas, incluso en la propia fachada. El resultado es una provocación al espectador para que adquiera subjetivamente su propia representación personal de la tragedia de un pueblo.

El artista Jochen Grez realizó un monumento especialmente silencioso e inteligente, conocido como "Proyecto 2146 stones", realizado en la ciudad alemana de Saarbrücken, un monumento invisible que denuncia el antisemitismo practicado durante la Segunda Guerra Mundial. El artista trabajó con un grupo de estudiantes que retiraban de modo clandestino los adoquines de la Plaza del Parlamento de esa ciudad, los transportaban hasta el estudio y grababan en ellos los nombres de los 2146 cementerios judíos, anteriores al régimen nazi; posteriormente se volvían a colocar esos adoquines, situando su cara grabada hacia abajo, por lo que el resultado de la operación clandestina era imperceptible. Al finalizar el largo proceso, el artista comunicó a la prensa y a los usuarios de esa plaza, incluidos los parlamentarios, que cada día caminaban sobre un monumento clandestino contra el racismo. Una de las más atractivas y sorprendentes propuestas del denominado *Land Art* de la actualidad es la que ha llevado a cabo recientemente el alemán Haansjörg Voth en

mitad del desierto marroquí, en un paisaje parecido al que podemos contemplar en la comarca de La Sagra toledana que inspiró a la denominada Escuela de Vallecas. En plena meseta de Marha a los pies del Atlas este artista ha creado unas impresionantes construcciones denominadas *La espiral áurea* y *Las escaleras celestes*, que muestran un magnífico esfuerzo por complementar naturaleza y monumento, entorno y escultura, en el que ambos salen ganando.

La sutileza e inteligencia de algunas de estas propuestas que hemos citado pueden servir de muestra de la realidad artística internacional. Vamos a pasar ahora a citar algunos de los bueno ejemplos que también tenemos en nuestro país.

Rosa Olivares es la responsable de alguno de los proyectos más sugerentes del arte del paisaje en España como podemos ver en la Isla de las esculturas de Pontevedra y el parque de Vitoria asociado al Museo Artium. La casa de Chillida en plena naturaleza o los "cubos de la memoria" de Agustín Ibarrola en el dique del abrigo del puerto de Llanes, son ejemplos objetivos de relación inteligente entre monumento y paisaje urbano. La mejor lección de todo ello es que hasta los grandes bloques de una humilde escollera de Llanes, pueden ser utilizados como una composición plástica, con elementos figurativos y expresionistas, conceptuales y analíticos que, además, se han convertido en la seña de identidad local y en punto de atracción para un turismo de calidad.

La Fundación de Montenmedio de Vejer de la Frontera en Cádiz, ha conseguido acoplar en un bosque diferentes proyectos escultóricos de artistas internacionales desde Santiago Sierra al danés Oalfur Eliasson, pasando por otros creadores como Michael Lira, Fernando Sánchez, Ester Partegás o la surafricana Berni Searle. Las obras de este museo al aire libre, cada día más conocido y valorado, son encargos que se realizan a los artistas tras ser seleccionados por el comité asesor del centro. Entre los últimos artistas elegidos podemos encontrar artistas consagrados como Susana Solano o Sol Lewit.

Hemos ido dejando para el final y para compararlo con Toledo, el caso de la cercana localidad de Leganés. Una humilde ciudad dormitorio sin historia, aunque tenga más de 700 años de vida a sus espaldas que tiene una política monumental que contrasta con el de una ciudad como Toledo declarada Patrimonio de la Humanidad. En nuestra capital los intentos de modernización no han pasado de la colocación de una magnífica escultura de Chillida, nunca digerida, y del proyecto de creación de un Museo de Esculturas al aire libre que viene defendiendo a lo largo del tiempo el artista toledano Francisco Rojas con los resultados que todos conocemos.

En Leganés, en el año 1985, se propuso la creación de un Museo de Esculturas al aire libre similar al de Toledo, con la diferencia de que hoy es una alegre realidad que ha convertido a Leganés en Puerta del Arte y en puerta del aire si hacemos caso a una de sus esculturas más conocidas. Gracias a la calidad de su proyecto y al empeño de sus autoridades locales, se consiguió que el Centro Nacional de Arte Reina Sofía de Madrid, cediera en depósito algunas de las grandes esculturas que se encontraban en sus almacenes, haciendo posible que grandes piezas como el atleta de Clará junto a una larga lista de más de cien esculturas de todo tipo y condición: figurativas, abstractas, lúdicas o instalaciones, han conseguido con el patrocinio de Caja de Madrid, crear un auténtico Museo de Arte Contemporáneo en el que pueden encontrarse los mejores representantes del arte del siglo XX.



Y todo ello sin olvidar a los creadores más interesantes del siglo XXI con obras de escultores como Tony Gallardo, Susana Solano, Mitsou Miura, Miquel Navarro, Eva Lootz, Francisco Leiro o Tom Carr. En su conjunto, han realizado un amplio número de propuestas que van desde el minimalismo hasta la nueva figuración que están presentes de forma permanente en los espacios públicos de esta localidad.

La ciudad de Toledo carece de un proyecto de identidad moderno y vanguardista del tipo de los que han conseguido llevar a cabo ciudades como Vitoria, Barcelona o Valencia. Ni siquiera una ciudad que tiene dos de los puentes más hermosos del mundo, ha sabido crear un puente contemporáneo como los que se han diseñado en Sevilla o el que

proyectaron toledanos para el Guadiana. Toledo perdió oportunidades y relegó al olvido esculturas como la de Chillida en la creencia de que siempre se puede vivir del pasado. El riesgo es que llevamos demasiado tiempo sin crear nuevos "activos", nuevas propuestas de arte para el futuro que, por lo que parece, estamos empezando a pagar frente a otros destinos turísticos que cuidan o se preocupan más por el presente de su ciudad.

Toledo versus Leganés. Esa es la comparación. A Toledo, a sus autoridades y a sus ciudadanos, les corresponde aprender la lección o seguir mirando al pasado. Un pasado que cada día queda más lejos frente a un futuro que empieza a devorarnos. ■